

FR. GERUNDIO.



CUENTE U. UN CUENTO, D. LUCAS.

En las tertulias de aldea, y aun de villa y de ciudad subalterna, especialmente en estas noches de invierno, en que no hay recursos que basten para matar el tiempo y hacerlas menos pesadas, despues que se ha agotado la crónica escandalosa y contemporánea de la poblacion, y se han hecho cien comentarios á la biografía de cada prógimo, y que se han apurado las observaciones y apuntes del dia, vulgo chismografía, si la tertulia no concluye con una charadita ó con un juego de prendas, acaba por su-

placar á un D. Lucas ó un D. Cayetano que cuente un cuento; que nunca suele faltar un ciudadano que los sabe oportunos y sabrosos, y á propósito para un fin de fiesta, así como nunca falta quien á ello le invite, previa la siguiente observación: «¡Jesús, qué noches tan eternas! todas las conversaciones se acaban: cuente vd. un cuento, D. Lucas.»

Como la discusión del negocio de Olózaga ha sido tan pesada como una noche de invierno en una aldea, tan chismógrafa como una tertulia de aldea, y no menos escandalosa que la crónica contemporánea que sirve de pábulo á la tertulia de la aldea, era menester que terminara también con algún cuentecito como la tertulia de la aldea, y así sucedió. Al ver los tertulios de la aldea que se acababan ya todas las conversaciones (y no era maravilla después de 16 días días de *parlitis* sobre un mismo tema), recurrieron á los cuentecitos, que era lo único que faltaba. Cuente vd. un cuento, D. Lucas. Y el primero que hizo de D. Lucas fue el hermano Roca de Togores diciendo: «Pues señor, va de cuento. Este era un Portugués que se estaba ahogando en un río: en esto acertó á pasar por allí un Castellano, y le dijo: Castellano, si me sacas de aquí, te perdono la vida. Y colorín colorado, mi cuento acabado.»

Debió gustarle el recurso de los cuentos al hermano Bautista Alonso, que quiso ser el D. Cayetano de la tertulia, y dijo: «pues señor, ya que se trata de cuentos, yo también sé algunos, y allá vá uno muy bonito. Este era un lego de un convento

(1), que todas las primaveras salía á pedir con un santo (2), y llamando á todas las puertas iba recogiendo las limosnas que podía, siempre por supuesto pidiendo para el santo. Pues señor, como digo de mi cuento, despues que el lego recogía sus limosnas se retiraba para el convento; y qué hacía? Tomaba en una mano la bolsa y en otra la baraja (3), y haciendo que jugaba con el santíto, ganaba de noche lo que el santíto habia ganado de dia. Y colorín colorado, mi cuento acabado (4).»

Largos quince dias
á la de sin hueso
allá en el Congreso
habian ya dado;

(1) Trabajo me costó, á mí Fr. Gerundio, contener á Tirabeque que desde la tribuna quería tomar la palabra para una rectificacion, creyéndose aludido.

(2) Señor, me dijo Tirabeque, ya veo que no soy yo el lego del cuento. El santo que no nombra el orador era san Antoñico.

(3) Señor, eso es inexacto, y ademas se falta á la verdad. La baraja la tomaba con las dos manos, porque no se puede jugar de otro modo. La bolsa ó talego, que talego debia ser y no bolsa, la ponía en la mesa, y el santíto enfrente; le daba cartas, las veía el lego por él, y cuando el santo tenía buen juego, el lego le hacia pasar, y cuando no lo tenía, el lego embidaba, y asi ganaba siempre.

(4) «Vaya, vaya, mi amo, ese hombre no sabe bien el cuento.»

A esto se espone un diputado que se viene contando cuentos, á que un lego le enmiende la plana desde la tribuna.

Y cuando esperaba
que tanto dislate
tubiera remate,
se hubiera acabado;
salió un diputado
con un cuentecito:
¡mira qué bonito!

Y oido aquel cuento,
de veras creia
que ya acabaria
el cuento empezado:

Aquesta esperanza
rodaba en mi mente,
cuando otro de enfrente,
tambien diputado,
salió muy salado
con su cuentecito;
¡mira qué bonito!

¿Y á qué no saben vds. para qué vinieron alli los cuentecitos? Pues era nada menos que para discutir si los representantes de la nacion española habian ó no de dirigir un mensaje á S. M. manifestándole su profundo sentimiento por el grave desacato que se decia haber recibido la noche del 28. El de D. Lucas probaba que sí, y el de D. Cayetano que nó. Esto si que parece cosa de cuento. Y como si los cuentos no fuesen bastante, se añadió tambien una fabulita, la fabulita del Leon, y ademas un refran; y entre el refran, la fabulita y los cuentos se mató el

dia, como en la tertulia de la aldea se mata la noche.

La cuestion era la mas grave que se habia ofrecido á la gravedad española; iban ya mas de quince dias de discusion, en que habia jugado todo género de chismografía, y por último remató con un refrán, una fábula, y un cuentecito;

— ¡mira que bonito!

LOS SIMPLES.

En este pícaro mundo cada cual aplica á su saco lo que mas en provecho le viene. Asi hacen los progresistas, asi hacen los moderados, asi hacen los ministros, y asi hace tambien mi lego, aunque parece un simple.

Dígolo porque el dia pasado le ví venir muy satisfecho, frotándose las manos, y mostrando en todos sus ademanes la alegria que le embargaba. «Celebro, Pelegrin, le dije, celebro que vengas tan contento como parece.—Dios se lo pague á vd., señor; y ahora llámeme vd. simple cuantas veces quiera, que por eso no me enfadaré.—No hay porqué llamártelo ahora, Pelegrin, pues es de suponer que algo próspero te habrá ocurrido, y en algo fundarás la satisfaccion que manifiestas.—Algo, si señor, y llámeme vd. simple como acostumbra.—¿Pero porqué he de llamártelo ahora? Cuando venga al caso, que con harto demasiada frecuencia lo harás tú venir....—No señor, ha de ser ahora, ahora; sobre

que quiero yo ser simple ahora mismo....—En eso mismo lo estás siendo bastante, y aun sobrado mas de lo que tú mismo te pudieras proponer; que á fé mia es singular capricho y extravagancia empeñarse en pasar por simple y bien puede decirse que es la mayor de todas las simplezas.

«Asi parece, señor; pero sepa vd. que el partido de los simples es el que hoy dia está en boga, y el partido de mas esperanzas.—No lo estrañaré, Pelegrin, porque el partido de los simples siempre fue muy numeroso: «*Stultorum infinitus est numerus.*» que dijo el único que no tenía nada de simple.—Se equivoca vd., mi amo, el partido de los simples no es grande, pero es de muchas esperanzas.—¡Ojalá, Pelegrin, que tan grande y tan numeroso no fueral —Señor, bien se conoce que no sabe vd. cuál es el partido de los simples, pero no tiene nada de particular, porque vd. no ha estado hoy en el Congreso como yo. El partido de los simples es el que llaman hoy del centro, ó *la jóven España* por otro nombre.—Calla, calla, no has de ser simple tú.—Señor, acabo de oírsele ahora mismo á un hermano diputado, que es de ellos, y ha dicho así: «¿qué es el partido del centro? Un compuesto de varios simples.» Señor, asi que lo oí, dije para mi zapato: «alégrate, Tirabeque, que ya no eres tú solo el simple.» Y eché una mirada á mis compañeros, y me pareció que era una verdad.

«¡Válgame Dios, Pelegrin, y cuán materialmen-

te entiendes las cosas! Cuando dijo que el partido del centro era un compuesto de varios simples, querria significar que se componía de diferentes moderados y progresistas jóvenes, que al modo de los cuerpos ó sustancias simples que entran en los medicamentos componen un todo....—Señor, él dijo que se componía *de varios simples*, y cuantos por allí lo oyeron todos decian: «es una verdad.» Y yo miré hácia donde miraban todos, y tambien me pareció que era una verdad. De consiguiente, mi amo, para mí será el partido de los simples. Pero yo aunque simple, no soy de ese partido, porque el partido de los simples tengo para mí que está dominado de una ambicion muy simple; aunque por otra parte no es tan simple, cuando estamos viendo que los ministros del dia salieron del partido de los simples, y asi no es maravilla que todos los simples quieran ser ministros. Pero yo soy un simple independiente.—Basta, basta, Pelegrin, que me fatiga oírte tantas simplezas.—Señor, ¿cómo ha de ser? Hágase vd. cargo que soy un simple lego.—Y lego simple ademas.—Si señor, pero no del partido de los simples, sino un simple aparte.

**Que de Nápoles soy, Señora;
que de Nápoles vengo ahora.**

Este estrivillo de una cancion que me enseñó mi difunta abuela sin saber su mercé el *busilis* que la cancion envolvía, y que yo Fr. Gerundio habia easi

olvidado ya, ha venido á recordármelo la llegada de un *quidam* caporal italiano, que aunque le nombro así, no es mas sino porque se me vino á las mientes este semi-verso de uno de nuestros mas esclarecidos ingenios, pero que por lo demas, si bien tiene lo de *italiano* y lo de *caporal*, no le cuadra lo de *quidam*; porque no es un *quidam*, sino todo un *Cavaliere*, y ademas *Príncipe* por añadidura, y ahí es nada lo del ojo.

Ya supondrá el hermano lector que el sugeto que tal recuerdo ha venido á suscitarme es el caballero **LAGRUA**, *príncipe de Carini*,

«que de Nápoles viene ahora,»

enviado por S. M. el Rey del Reino Unido de las Dos Sicilias, D. Fernando II, con la mision de reconocer de parte de su *amo* á nuestra Reina y su sobrina Doña Isabel II, y de acreditarse como ministro plenipotenciario cerca de su Real persona.

Y en efecto *el caporal italiano* ha presentado ya sus credenciales á *Nuestra Constitucional Soberana*, como dice el ayuntamiento de Santiago, y al hacerlo la dirigió un discurso muy tierno y muy amoroso, diciendo que la proclamacion de mayoría con la cual se habia inaugurado *una nueva era de felicidad* para la España (1), habia sido sumamente grata para el Rey su Amo (2), el cual habia sido siempre muy amante de la Real familia española (3), y

(1) ¡Mire vd. el napolitano! ¡De Nápoles viene ahora, y ya sabe lo de la *nueva era de felicidad*!

(2) Mucho celebro que le haya sido tan grata: ¡*ma perché, perché?* Eso lo veremos luego.

(3) *Molto amico sempre della Reggia famiglia spagnuola, ma piú amico di D. Carlos.*

que se iba á tomar un gran interés por la augusta persona de S. M. y á estrechar con ella las mas *íntimas* relaciones. Y estuvo en fin tan espresivo el caballero Lagrua, que solo le faltó añadir el estrivillo de la cancion de mi abuela:

Que de Nápoles soy, Señora;
que de Nápoles vengo ahora.

S. M. se dignó contestar con la mayor amabilidad y dulzura al nuevo enviado de su augusto Tio, diciendo entre otras cosas: «Yo espero que los vínculos de *íntimidad y parentesco* que nos unen serán de hoy mas *indisolubles*.»

Mas á pesar de la buena acogida que el Príncipe napolitano ha obtenido, como se vé, de la Reina Doña Isabel II., acaso fuera mas favorable todavía la que mereció á D. Carlos en su tiempo; porque es de saber que el Caballero Lagrua, *que de Nápoles viene ahora*, es el mismo *que de Nápoles fue á Navarra*, enviado tambien por el Rey su Amo á representar cerca del mal aconsejado Príncipe el mismo papel de agente diplomático que representa ahora cerca de la no muy bien aconsejada Reina, que para él entonces no era sin duda Reina, puesto que no la reconocía su augusto Tio; y aun segun mi paternidad tiene entendido, este mismo que de Nápoles viene ahora, venia tambien haciendo compañía á D. Carlos, cuando éste se apropió á las puertas de Madrid, y es de suponer que el que de Nápoles viene ahora no vendria entonces á estrechar é *íntimar* relaciones con la Sobrina de aquel Tio con quien en tan *íntimas* y estrechas relaciones se hallaba.

Ello es que el Rey de las Dos-Sicilias, que en diez años no ha hallado ocasion oportuna para enviar unas tristes memorias á su sobrina, y que en

tanto ha estado siendo el tu-autem de su *Tio y Señor carnal*, como decia el Hidalgo Manchego, reconoce ahora y se muestra *affettuosissimo et affezionatissimo* á nuestra Reina, y envia para estrechar relaciones con ella al Príncipe de Carini, que de Nápoles viene ahora: *¿Ma perché, perché?* Aquí el *busilis* del reconocimiento napolitano.

Conviene saber, que el Sr. D. Fernando II. tiene un hermano, tiene dos, tiene tres, tiene cuatro, tiene cinco, tiene seis, tiene siete, tiene ocho, tiene nueve, tiene diez, tiene once, tiene doce, tiene un apostolado completo, y tan completo que con él son trece, sin que esto quiera decir que haya entre ellos ninguno de las partidas y cualidades de otro cierto apostol que hubo que reemplazar. Entiéndese tambien que son trece entre hermanas y hermanos, casados y solteros, solteros y casados. Y tiene uno soltero, tiene dos, tiene tres; y entre estos tres solteros tiene al Conde de Aquila, y al de Trápani; para uno de los cuales quiere él y quieren otros que cante el *cuco*, como ya dijo mí reverencia en el disciplinazo 28. Y hé aquí una parte del *busilis* de la venida del Príncipe de Carini, que se nos ha descolgado de Nápoles y presentado *cosí affetuoso é ténerc*:

Que de Nápoles soy, Señora;
que de Nápoles vengo ahora.

Y S. M. sin duda por inspiracion y consejo de nuestro dignísimo Ministro de Estado, de relevantes prendas, le contestó que esperaba que los *vínculos de intimidad y parentesco* que la unían con el Rey de Nápoles serían de hoy mas *indisubles*. *¿Qué quisiera él mas sino que los vínculos fueran indisubles?*

Señora, dadme la mano;
dádme la á mi, que soy napolitano.

No sino ábránle un poco la puerta, y colársenos
há el jóven en la casa. Háganle á la señora decir mu-
chas veces que desea unirse con él en lazos indis-
olubles, y puede que no tarde el mocito en aparecer-
se diciendo: «éccolo qua: qui son' io:

Que de Nápoles soy, Señora;
que de Nápoles vengo ahora.

Era precisamente lo que nos hacia falta para com-
pletar *la nueva era de felicidad y de ventura;*

que de nuestra Isabel la augusta mano
á un Príncipe se dé napolitano.

Que cante el *cuco* para el Condecito de Trápani,
y no necesitamos mas para que canten el buho y la
lechuza á la poca Constitucion que nos queda.

Por lo demas yo agradezco sinceramente, á fé
de Fr. Gerundio, al Sr. Rey del Reino unido el re-
conocimiento de nuestra Reina, en esto le estoy yo
tambien *molto grato é riconosciuto*. Pero bueno es
que estemos apercebidos del *busilis* que en mi ge-
rundiano entender encierra la fineza, y por lo mismo
convendrá que los españoles no pierdan de vista la
inesperada mision *dil signor Príncipe di Carini,*

que de Nápoles viene
y no digo mas.

SE LAS DIERON.

«Señor, todas son satisfacciones para mí, me
dijo Tirabeque el domingo.—De ello me congratulo
le contesté; ¿merezco yo saberlas?—No hay incon-
veniente, señor; á vd. le cuento mis cuitas, con que

tambien es muy justo que le communique lass atisfac-
ciones. Le aseguro á vd., señor, que estoy abo-
chornado con el mérito que quieren dar á todo lo que
yo digo y propongo, aunque sea en broma.—Cuida-
do, Pelegrin, que esas espresiones dejan trascender
un cierto humillo de amor propio que no sienta bien
en un hombre de tu esfera y de tus cualidades.—
Señor, cuando los hechos hablan, bien puede per-
donársele á un lego como yo ese humillo que vd.
dice; quanto mas que vd. me oirá, y me someto
humildemente á su fallo.

«Vd. se acordará (y por cierto que me valió el
que me llamára vd. canalla y otras cosas) de haber-
le dicho yo el otro dia estas mismas espresiones:»
«Digo solamente que el mucho trabajo suele ser per-
judicial, y que por lo tanto me parecia ya de razon
que se diera á los hermanos diputados unas vaca-
ciones, aunque fueran pequeñas, que bien las ne-
cesitan para respirar.»—Me acuerdo efectivamen-
te.—Pues bien, mi amo; esta misma tarde (para que
vea vd. si se dá mérito y se hace caso de lo que yo di-
go y propongo, aunque sea en broma,) esta misma
tarde se han dado los diputados las vacaciones que
yo pedia para ellos; porque habiendo concluido la
discusion del mensaje (que entre paréntesis quedó
á favor del partido moderado por 101 votos contra
48), preguntó la mesa si, *mediante á no haber asun-
tos de que tratar*, habria mañana sesion, y el con-
greso acordó que nó; y que se avisase á domicilio
para la primera. Vea vd. señor, vea vd. si soy yo
persona influyente, y si mis proposiciones, ya que no
hallen acogida en vd. la encuentran en el congreso.

«Con este motivo tengo aqui puesta una esposi-
cion á los hermanos diputados dándoles las gracias
como es regular. Si quiere vd. verla, me dirá lo que
le parece.—Con mucho gusto, Pelegrin; veámosla.



TIRABEQUE Á LOS DIPUTADOS.

« Hermanos , seria yo un ingrato y desconocido, si no os diera las mas cumplidas gracias por lo que sabeis apreciar las proposiciones mias que van encaminadas á proporcionaros el descanso que necesitais ; vosotros leísteis lo que yo habia propuesto á mi amo Fr. Gerundio , y os convencísteis de que era una cosa justa y natural , y en su virtud os habeis dado las vacaciones que yo pedia para vosotros, mediante á que concluísteis ese asunto en que tanto y con tanto fruto habeis charlado , y á que ya no teniais *negocios de que tratar....*»

Suspende un poco, Pelegrin. Ese modo de hablar á los señores Diputados me parece ó semi-republicano , ó familiar en demasía , y poco digno de las altas personas á que te diriges. Porque eso de *vosotros, sabeis, necesitais, leísteis, concluísteis, teniais* etc. no es lenguaje propio para usado con elevadas personas , ni tampoco es el que nuestro idioma admite para tales casos.—Señor , es tomado de Martinez de la Rosa, que ha traído ahora este nuevo estilo de Francia. ¿ No vió vd. su discurso? Pues aqui tengo yo apuntados algunos parrasitos de él. « *Vosotros decis* que nuestro partido os echa en cara que no *podeis* mandar ; no decimos nosotros eso , nó : *vosotros podeis* mandar como nosotros ; jamas os cerramos las puertas : ¿ *podeis* vosotros decir otro tanto? *Decis* que se os ha puesto en un conflicto ; *vosotros sois* los que os habeis encerrado en un círculo del cual no *podeis* salir. O *creéis* cierto el desacato, ó *teneis* el ánimo perplejo, ó lo *creéis* dudoso, ó lo *creéis* falso. *Escoged* lo que *queráis*. ¿ *Dudáis* que el hecho sea cierto? *Vuestro* deber es acudir á los pies del trono, y manifestar la ansiedad que *teneis*, y eso os *decimos* nosotros : si *dudáis*

no cerréis la puerta etc. etc. y así está todo el discurso, mi amo.—Bien, bien, puesto que has tomado el estilo de tan buen original, prosigue tu esposicion.

«Mucho me alegro, hermanos dipu'ados, que no tengais ya asuntos de que tratar, porque es prueba de que teneis ya remediadas todas las necesidades del país, y una vez concluido el asunto de Olózaga, en que habeis empleado 17 dias para provecho y felicidad de la nacion, ¿qué os quedaba que hacer? Lo propio que yo habia dicho, daros unas vacaciones, aunque fuesen pequeñas, que no podrán ser muy largas, porque luego que hayais llevado el mensaje á S. M. tendreis que entrar á discutir la proposicion de acusacion, en lo cual debereis emplear otros 17 dias por lo menos, para que el país os acabe de bendecir. Mi amo Fr. Gerundio dice que ya que habeis logrado llevar ese mensaje, deberíais no meneallo mas, porque es de parecer que eso mismo debiérais haber hecho desde el primer dia, y que con el mensaje basta y aun sobra, y que si antes ha sido peor meneallo, ahora ha de ser todavia peor que peor.

«Pero vosotros, hermanos diputados, debeis proseguir ese negocio, porque sobre ganar mucho la nacion con él, ¿qué habeis de hacer si eso os faltára? Nada, porque no hay otros asuntos de que tratar.

«Os repito las gracias por vuestra atencion, y alegrándome de que os hayais distraido estos dias mientras que cae por ahí algun asuntillo de que tratar, os besa las manos vuestro agradecido lego—*Pelegrin Tirabeque.*»

¿Qué le parece á vd. mi amo?—Paréceme bastante bien.—Pues señor, en ese caso allá se la dirijo en cuanto haya sesion, que será luego que se les proporcione alguna friolerilla de que tratar.»

¿A QUIÉN LE PICAN, QUE NO SALTE?

Solo la novia de Villada, que aunque la pican ea-lla: y esto es muy propio de las novias de todos los paises; se entiende tambien segun quién, cuándo, cómo, y con qué las piquen, porque todo entra en cuenta. Por lo demás el hombre mas paciente y bonachon llega á chillar y saltar cuando le pican. Bonachon y paciente era el D. Roque de la comedia, y sin embargo cuando su antagonista D. Crisanto le picaba demasiado, ya sabia decirle:

D. Roque. «Por Dios, D. Crisanto, no me hurgue vd. tanto, que ya la paciencia con tanta insolencia me hará vd. perder.

D. Crisanto. Mas calma, D. Roque.

D. Roque. Pues no me provoque, que Roque no incita, mas si á él se le irrita, sabrá responder.

Asi se esplicaba D. Roque el bonachon cuando le llegaban á picar demasiado. Si D. Roque hubiera vivido ahora, probablemente se adheriria á la bandera de «no mas reacciones; no mas revoluciones,» que yo Fr. Gerundio junto con mi lego Tirabeque hemos adoptado, como la bandera mas propia de los hombres bonachones y pacíficos, tales como Fr. Gerundio, Tirabeque y D. Roque.

Tambien el partido llamado moderado dice que le gusta el tema de: «no mas reacciones; no mas revoluciones.» Tambien dice que le adopta por suyo: y es una felicidad estar todos tan de acuerdo. Pero sucedele al partido progresista con el moderado lo que con D. Crisanto le sucedia á D. Roque: tanto le picaba,

que al fin á pesar de toda su calma y su pachorra le hacia saltar, porque ¿á quién le pican que no salte? Con la diferencia que este D. Roque de la comedia era todo un *bonus vir de campis*, que necesitaba que le mojasen la oreja para hacerle salir de sus casillas; y el partido progresista es por demás

de genio vivo y ademan brioso, que á poco que le piquen, echa mano facilmente á las pistolas. Y el pensar que sea como la novia de Villada, que aunque la piquen calla, es pensar en lo escusado, y es no conocerle.

¡Ojalá que así fuera! Pero como no es así, por eso yo Fr. Gerundio, que como hombre pacífico y como buen padre de almas, no quisiera ni que el uno picara con reacciones, ni que el otro picado saltara con revoluciones, no puedo menos de decir al partido moderado como D. Roque:

Por Dios, D. Crisanto,
no le hurgue vd. tanto,
que ya la paciencia
con tanta imprudencia
le hará vd. perder.

Hasta ahora mi paternidad habia visto limitarse la reaccion solo á personas; porque yo Fr. Gerundio distingo dos especies de reacciones, una de personas, y otra de cosas, como los depósitos. Y aunque veía á los hermanos ministros armados de guadañas á guisa de aquellas secciones de descendientes de don Pelayo que se desprenden del país de los Astures todas las primaveras, y que con ellas segaban y tronchaban gefes políticos, intendentes, magistrados, oficiales de secretaría, subsecretarios y porteros, como si fuesen yerba, sembrando al mismo tiempo toda la heredad de retrógrados, absolutistas, y otras yerbas que en el campo nacen, decia para mi

capilla: «vayan benditos de Dios, que al cabo todas las plantas se han de ir manteniendo del jugo de la tierra, y mientras la reaccion se limite á las personas, aunque de ello se pique algo D. Roque, esperanzas en Dios que aun no saltará.»

Mas cuando he visto á los hombres de la guadaña pedir al Senado la autorizacion para plantear la famosa ley de ayuntamientos del año 40, sancionada en Barcelona, la ley que ocasionó el pronunciamiento de setiembre, entonces ya dije para mí escapulario: «¡á Dios con barrabás! ya estamos en las cosas: ¿si se andará buscando el medio de picar á D. Roque?»

Por Dios, D. Crisanto,
no le hurgue vd. tanto.....

¿Y quién es el Presidente del Gobierno que ahora quiere poner en ejecucion la ley del año 40? El mismo que en 1.º de setiembre del propio año salió del ayuntamiento con sombrero en mano gritando por estas calles de la villa y córte: «¡á las armas! ¡á las armas! ¡que perece la libertad!» ¿Y por qué perecía la libertad? porque se trataba de poner en ejecucion aquella ley de ayuntamientos.

Aquí pintaría yo al hermano Brabito, cuando era *Ibrahim Clarete*, gritando con el sombrero en la mano á la cabeza de unas turbas: «¡á las armas! que perece la libertad, si consentimos esa ley de ayuntamientos!» Y al lado al mismo Brabito, cuando es PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, pidiendo autorizacion para que le dejen plantear la misma ley de ayuntamientos. El cuadro no seria muy decente, pero tendria verdad.

El partido moderado no quiere mas reacciones, pero las hace: no quiere mas revoluciones, pero las

provoca: D. Crisanto no queria que se enfadára Don Roque, pero le irritaba.

Por Dios, D. Crisanto,
no le hurgue vd. tanto,
que ya la paciencia
con tanta imprudencia
le hará vd. perder.

Y como yo Fr. Gerundio pienso no salir de mi tema: «no mas reacciones; no mas revoluciones;» asi aconsejo á los moderados que no provoquen con reacciones, como á los progresistas que no se den por provocados para hacer revoluciones, pues campo legal tienen unos y otros para pelear legalmente y como Dios manda, y entonces á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

OTROS TONTOS.

Estos lo son cerrados y de capirote. Para estos no hay remedio; al menos que yo sepa. Y no piensen vds. que hablo de esas pobres gentes del Maestrazgo, que se están desgañitando medio año há en demanda de que el gobierno les envíe algun auxilio para acabar con las bandas de facciosos que tienen al pais amilanado y metido en un cañamon, sin considerar esos pobres tontos que de lo que menos el Gobierno se cuida es de si hay ó no facciosos en el mundo, puesto que los facciosos ni le dan ni le quitan votos en las Córtes. Ni hablo de esos otros tontos de Córdoba y de Palencia que se vienen quejando de que tienen el pais plagado de bandoleros, sin hacer-

se cargo que los bandoleros no son gente que pida la palabra en pró ni en contra en el Congreso, y que lo único que piden ó toman sin pedir es el dinero al pobre prógimo que cruza por los caminos, y esto al Gobierno le importa un ardite, porque mientras es Gobierno, si algun peligro corre no es que le roben la bolsa, sino de hallarla muy repleta y aumentada sin necesidad de pasar los sustos y sobresaltos que pasan tambien los bandoleros, que si hubieran seguido la carrera de ministros no habrian menester ganar la vida tan arrastradamente como la ganan. Cuanto mas que las tropas que el Gobierno pudiera emplear en la persecucion de facciosos y salteadores, las necesita para rodear de garantías el Congreso.

No hablo pues de estos tontos y otros semejantes. Me limito ahora á la Diputacion y al ayuntamiento de Ciudad-Real, que deben ser tontos de capirole.

¿Pues no se nos descuelgan ahora pidiendo al gobierno que no les separe de la provincia al Gefe Político D. Tomas Bruguera? ¿Y en qué les parece á vds. que fundan estos tontos los motivos de su peticion? En que dicen que es hombre que fomenta los intereses materiales de la provincia; que ha inaugurado un Instituto de segunda enseñanza en la capital; que ha aclimatado la morera filipina; la cria de la seda por el gusano trevoltino; que ha establecido bancos agrícolas; que ha fomentado el arbolado; que ha contribuido á la estincion de la langosta; que tiene trabajos hechos para la formacion de una estadística de poblacion y riqueza; que los tiene tambien para la de una caja de ahorros, y una sociedad de socorros mútuos de labradores; que los tiene igualmente para la construccion de una carretera provincial; á lo que añaden que es hombre íntegro

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

y puro; que manda con tal prudencia y tal tino, que los pueblos obedecen sus resoluciones sin necesidad de haberles impuesto un solo castigo ni una sola multa; que sabe conservar el orden y la tranquilidad; y por último que él ama la provincia, y la provincia le ama á él.

¿Han visto vds. qué razones tan tontas alegan estos hombres para que el Gobierno les conserve su Gefe político? Ocurrencia es venirle al Gobierno con la morera filipina, y el gusano trevoltino, y el arbolado, y la langosta, y los bancos agrícolas, y la estadística, y las carreteras, y todas las demas zaran-dajas: como si estas fueran cosas en que el Gobierno parára mientes. ¿Qué elecciones ha ganado ese señor? ¿qué votos ha dado al gobierno? ¿á qué color político pertenece? ¿es ministerial? Pues estas son las únicas moreras, y los únicos arbolados, y las únicas estadísticas, y las únicas carreteras que reconoce el Gobierno. Todo lo demas para él son pamplinas.

Así es que cuando han llegado las esposiciones del Ayuntamiento y Diputación de Ciudad-Real, ya el hermano Bruguera había sido segado por la guadaña ministerial, como tantos, y tantos, y tantos, y tantos, y tantos, y tantos (corten vds. por donde quieran), y nombrando en su lugar otro, que si no aclimata moreras, ni fomenta arbolados, ni establece bancos y cajas de ahorros, ni hace estadísticas ni carreteras, ni destruye langosta, ni funda colegios, vota con el gobierno en la cuestión de Olózaga, y es del partido de los simples, vulgo centro, y ahí me las den todas, que este es el gusano de la seda del gobierno, y gloria al marqués de Peñalorida que es mozo que pudiera arder en un candil

EDITOR RESPONSABLE, J. B. MORENO.

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.